

Dice el Espíritu Santo en el libro de Job: El hombre ha nacido para trabajar, como el pájaro para volar¹. El hombre está obligado a trabajar no sólo por su misma naturaleza, sino también por voluntad expresa de Dios. Efectivamente, dice la Escritura que, después de haber creado a Adán, Dios lo colocó en el paraíso para que lo guardara y cultivara². Es más, cuando perdió su inocencia, esta ley se vio reforzada por el nuevo mandato que Dios le impuso de comer el pan con el sudor de su frente y cultivar la tierra con el trabajo de sus manos³.

Al establecer el trabajo por Regla, nuestro piadoso Fundador no añadió una nueva ley; no hizo más que recordarnos la que Dios, con su autoridad soberana, nos había impuesto. Pero, como siempre, también en esto nuestro buen Padre nos enseña con su ejemplo y es el primero en cumplir lo que nos pide. El trabajo nunca supuso para él una carga, y se sometió gustosamente a él desde la infancia. Ya lo vimos ejercitarse en casa de sus padres con éxito en toda clase de trabajos.

Dotado de inteligencia y habilidad innatas, trabajó con aplicación y entusiasmo, se adiestró al lado de su padre y más aún por propia iniciativa en las profesiones más necesarias para la vida: agricultura, albañilería, carpintería, etc. Esta capacidad para los más variados trabajos iba a ser, andando el tiempo, de gran provecho para la congregación, y le permitiría realizar, con la colaboración de los Hermanos, muchas tareas que hubieran ocasionado enormes gastos a la comunidad si las hubiera tenido que encargar a obreros profesionales.

Gracias a estas habilidades pudo construir la casita de Lavalla⁴, y en gran parte la del Hermitage; y también llevar a cabo las reparaciones, el mobiliario de la casa, el cercado de la finca y su embellecimiento.

Su amor al trabajo, y mucho más aún su humildad, lo impulsaban a trabajar en todo. Lo mismo levantaba un muro con los albañiles, enlucía un tabique con los yeseros, fabricaba un mueble o un entarimado con los carpinteros, que extraía piedra con los canteros⁵. Cultivaba la huerta, roturaba un terreno, acarreaba piedra o abono: valía para todo, nada se le resistía; y en todo sobresalía por su destreza y rendimiento.

Los obreros más acostumbrados estaban de acuerdo en reconocer que era imposible competir con él, y que siempre hacía más trabajo que cualquiera de ellos. Su ejemplo animaba a los pusilánimes; a su lado todos trabajaban y nadie permanecía ocioso ni se negaba a una tarea por penosa o humillante que pareciese.

Un día hablaba con el grupo de canteros. El jefe, que era un hombre robusto y animoso, con fama de no amilanarse ante ninguna dificultad, le dijo:

- Padre, hemos desistido de arrancar esta roca: la piedra es tan dura⁶, que estábamos perdiendo el tiempo.

El Padre, que estaba empeñado en cortar aquel peñasco, porque rezumaba humedad sobre el edificio y hacía inhabitables las habitaciones afectadas, le contestó bromeando:

- ¡Pero hombre!, ¿no tiene usted más agallas? No me extraña que no pueda partir esa peña: sus golpes son tan flojos que no perforarían ni la suela de mis zapatos.

Luego, dirigiéndose a otro, le dice:

- ¡Y usted, que no tiene más hígados que una gallina mojada!

Esta ironía, unida a su ejemplo, produjo el efecto deseado. Los obreros, al verlo empuñar el pico y golpear con tal furia la roca que saltaba hecha trizas, toman sus herra-

mientas y se ponen a trabajar de tal forma que al día siguiente aquellas rocas habían desaparecido totalmente.

No hace falta añadir que se ocupaba en el trabajo manual no tanto por gusto como por necesidad, y que era ésta la última de sus ocupaciones. Dedicaba largos ratos al estudio, a la instrucción y formación de los Hermanos, a despachar la correspondencia, a ocuparse de los balances de la administración del Instituto, a visitar las escuelas, a elaborar, estudiar y meditar las Reglas que quería dar a la comunidad, atender a cuantas personas le consultaban sus problemas, recibir en entrevista a Hermanos y postulantes. Éstas eran las ocupaciones que llenaban su jornada, o, mejor, su vida entera. Tanto, que agotaron sus fuerzas, minaron su robusta constitución y lo llevaron prematuramente al sepulcro mucho antes de lo que cabría esperar de haberse moderado en su trabajo o si éste hubiera sido menos agotador.

* * *

Pasemos ahora a exponer lo que hizo para inspirar a los Hermanos amor al trabajo y aversión a la ociosidad.

Al margen de la ley común del trabajo, que alcanza a todos los hombres, la vida religiosa es ya por sí una vida de abnegación, penitencia y mortificación y, por tanto, una vida de trabajo y fatiga.

Es lo primero que recordaba el Padre Champagnat a los postulantes cuando los recibía. El amor al trabajo era la disposición primordial que exigía de todos ellos. La primera prueba a que los sometía era el trabajo manual o de otro tipo. Y despedía sin más a quien no salía airoso de ella, al que temía el trabajo o, como solía decir, a los que padecían “la enfermedad de los codos”.

Este modo de proceder es idéntico al de los fundadores de órdenes religiosas antiguas, que consideraban unánimemente el amor al trabajo como condición imprescindible para ser admitido en religión. San Jerónimo, san Benito⁷ y Casiano afirman que la pereza era causa de expulsión en todas las comunidades de su tiempo. Las órdenes religiosas que vinieron más tarde, no han sido menos exigentes respecto a punto tan trascendental y, siempre y en todas partes, el amor al trabajo se ha considerado como actitud absolutamente indispensable para ser admitido en la vida religiosa.

* * *

El fin del Instituto es proporcionar educación religiosa a los niños; de ahí se deduce lógicamente que la ocupación prioritaria de los Hermanos ha de ser el estudio y la enseñanza. Pero como la Regla también los obliga a ocuparse de las temporalidades, al estudio y a la enseñanza deben unir el esfuerzo físico que suponen el cuidado de la casa y el cultivo de la huerta. Para formarlos en estos diferentes menesteres, durante el noviciado se reparte el tiempo entre el estudio, el cultivo de la huerta, los trabajos de cocina, la limpieza y demás tareas que suelen presentarse en una casa. El Padre quería que, en cuanto fuera posible, todos los Hermanos y postulantes pasaran por las diversas faenas caseras y aprendieran a desempeñarlas debidamente y según el espíritu del Instituto. Para ello exigía especialmente tres cosas:

1.^a Que cada cual acatase con docilidad el empleo confiado y no ambicionara ningún otro.

2.^a Que pusiera sumo cuidado en cumplirlo lo mejor posible,

3.^a Que estuvieran siempre ocupados y nunca ociosos.

Sin embargo, en lo referente al tercer punto, no exigía cantidad de trabajo, sobre todo si era duro; lo que no quería era que se perdiese el tiempo o se trabajara con desgana. Tampoco le gustaba que, si trabajaban en el campo, se sentaran a descansar, porque

dicha postura, de ordinario, denota pereza y abandono, y, además, porque sentarse en el suelo puede perjudicar la salud.

Un Hermano, por lo demás buen religioso, pero algo indolente, tenía que sacar un montón de piedras que había en un lugar de la huerta. Después de haber transportado unas cuantas, se sentó encima del montón y, piedra a piedra, iba tirando las más pequeñas al punto indicado. El Padre Champagnat, que lo vio desde su ventana, quiso darle una lección, estimulando su amor propio, que le ayudara a corregirse de un defecto que en diversas ocasiones le había señalado. Llamó a un Hermano joven, le dio un cojín y le dijo: “¿Ve allá arriba aquel Hermano sentado en las piedras? Llévelo esta almohada y dígame, de mi parte, que se siente en ella.” Al ver la almohada, y mucho más al recibir el mensaje, quedó tan avergonzado, que se levantó al punto y se puso a trabajar sin levantar la cabeza hasta la hora de comer. Lo que más le preocupaba era la almohada que el Hermanito le había llevado y que tenía que devolver. Supo arreglárselas tan hábilmente, y la suerte le fue tan propicia, que consiguió dejarla en la habitación del Padre sin que éste se diera cuenta. El bueno del Hermano se juró así mismo no volver a merecer por segunda vez semejante lección⁸. Era precisamente lo que pretendía quien se la había dado.

En sus charlas, el Padre Champagnat nunca olvidaba infundir a los Hermanos el amor al trabajo y la aversión a la ociosidad. “El trabajo –les decía– es imprescindible para conservar la salud del cuerpo y la pureza del alma, lo es, incluso, para su felicidad. Efectivamente, con el movimiento y el uso todo se mejora, y se deteriora con la inacción. El agua estancada se corrompe; el hierro que no se utiliza se oxida; la tierra en barbecho se llena de malas hierbas, zarzas y espinas; el edificio deshabitado se deteriora y destruye mucho antes que si estuviera ocupado. El movimiento, la actividad y el uso transforma todas esas cosas en instrumentos útiles, en fuente de prosperidad.

El Hermano poco amigo del trabajo y para quien los libros son carga pesada, al cabo de diez años de vida religiosa, es más imperfecto en lo físico y en lo moral que el primer día que llegó. Su mente es menos capaz de reflexionar; sus pensamientos, sentimientos y gustos, más carnales; su alma tiene menos fuerza y energía, es más vulnerable a las tentaciones y menos inclinado a la práctica de la virtud; su cuerpo, por falta de movimiento, se entumece, enferma y no soporta el menor esfuerzo. He ahí el terrible castigo de la ociosidad: hace al hombre desdichado e inútil.”

Un día charlaba con un Hermano, cuando acertó a pasar por allí uno de los ancianos recogidos por caridad. Éste, como de costumbre, se puso a jugar, ya que no podía dedicarse a trabajo alguno por hallarse trastornado. Al verlo el Hermano, se le ocurrió decir:

– ¡Qué suerte! Por lo menos es feliz: no tiene nada que hacer.

– ¿Cómo? –repuso el Padre con viveza–. ¿Llama usted feliz a un hombre que no hace nada?

“¡Dios me libre de tal felicidad que considero enorme desgracia! No hay personas más dignas de lástima y que lleven más triste existencia que los ociosos. Su disfrute es el de los irracionales; ignoran totalmente la felicidad que ocasiona la virtud; su vida es más animal que humana.”

El Hermano se quedó cortado ante tal respuesta y no le quedaron ganas de volver a llamar felices a los ociosos.

* * *

“Aunque el hombre no estuviera obligado al trabajo por mandato de Dios, a ganarse el pan con el sudor de la frente⁹ –solía repetir el Padre Champagnat–, un Hermano sí que lo estaría. Y esto por cuatro motivos:

1. *Para evitar las tentaciones y perseverar en la virtud.* Lo dice el Espíritu Santo: *La ociosidad es madre de todos los vicios*¹⁰. Es causa de las mayores tentaciones y origen de los pecados más abominables. El demonio pierde el tiempo cuando tienta a un hombre ocupado; pero consigue hacer caer en el mal a quienes se entregan a la pereza.

A este propósito, solía contar la fábula siguiente: cierto santo oyó la conversación de dos demonios que se comunicaban el resultado de sus respectivas insinuaciones para tentar a dos hombres. Uno de ellos decía: “Pierdo el tiempo tentado a ese albañil. Siempre pendiente de la piedra, no mira más que a la piedra, no se ocupa más que de la piedra. Si trato de sugerirle malos pensamientos, responde a mis insinuaciones con martillazos, de modo que pierdo el tiempo con él. Este hombre no alcanzará un elevado grado de virtud, porque su motivación no es demasiado sobrenatural, pero salvará su alma, pues nunca podré inspirarle amor al vicio.”

El otro demonio contestó: “Pues a mí me sucede todo lo contrario. El hombre al que tengo que tentar no tiene nada que hacer. Me basta con susurrarle por la mañana lo que deseo de él durante el día, para que lo haga e incluso vaya a veces más allá de lo que yo pretendía.”

“Ahí tenéis –terminaba el Padre– lo que acontece a los ociosos. Un religioso entregado a este vicio se halla expuesto a grandes caídas; y, aunque por privilegio especial pudiera evitarlas, la pereza, que es un pecado capital, basta para perderlo. Al árbol estéril, por el mero hecho de serlo, se le corta y se le echa al fuego¹¹; así el siervo inútil es arrojado a las tinieblas exteriores, por el solo crimen de su flojera y pereza.”¹²

2. *Para perseverar en su vocación.* “Respecto a este punto –decía el Padre a uno de los principales Hermanos–, estoy convencido de que casi todos los Hermanos jóvenes que han salido del Instituto, han perdido la vocación por dejarse llevar de la pereza. No porque dicho vicio haya sido la causa directa de su abandono, sino porque les ha inducido a faltas graves y éstas, al quitarles el gusto y aprecio por la vocación, les han llevado a abandonarla. Así pues, a mi juicio, la ociosidad es el mayor enemigo de la vocación religiosa, y las faltas de este tipo son las que causan mayor daño a los Hermanos jóvenes.”

Se comprenderá ahora por qué el piadoso Fundador daba tanta importancia al trabajo e instaba tanto a los Hermanos Directores para que tuvieran continuamente ocupados a los Hermanos jóvenes.

“El Hermano cocinero –decía– debe ser competente en su oficio, así podrá ocuparse la mayor parte del tiempo en clase y ayudar a los demás Hermanos en la enseñanza de los niños. Si los alumnos no fuesen bastante numerosos para necesitar su colaboración, no por eso dejará de acudir a clase; aunque en ese caso se puede ocupar en el estudio. El mejor servicio que un Hermano Director puede prestar a un Hermano joven, es tenerlo ocupado, sin dejarlo ni un momento ocioso. Si lo abandona a su suerte; si consiente que permanezca ocioso, por excelentes que sean las aptitudes del Hermano, correrá grave riesgo de perderse. He conocido multitud de jóvenes excelentes, que hoy podrían ser magníficos religiosos y honra del Instituto, que perdieron su vocación porque los Hermanos Directores no los ocuparon debidamente ni los formaron en la virtud.”

3. *Para capacitarse.* Pero, ¿para qué debe capacitarse un Hermano? “Un Hermano –decía el Padre Champagnat– debe prepararse para desempeñar todos los oficios, todos los empleos del Instituto. Por ejemplo, ha de saber cocinar, cultivar la huerta, dar clase, acompañar a los alumnos y cualquier otro empleo que pudieran encomendarle. Para ello debe amar el estudio y dedicarse a él con asiduidad. Tanto en el noviciado como en las escuelas veo cosas que se echan a perder o se malgastan porque nadie las cuida o porque no saben aprovecharlas. Y cuando hago alguna observación al respecto, me duele que algunos digan: yo no sé hacer esto o aquello; no estoy acostumbrado a trabajar en la huerta, a cuidar esto, yo no entiendo nada de cocina, etc. Un Hermano no

puede emplear ese lenguaje; por eso debe acostumbrarse a todo, prepararse para todo. Lo mismo sucede con los estudios y los programas de enseñanza: no podemos conformarnos con un conocimiento superficial, sino profundizar en ellos y estudiarlos hasta dominarlos. Y esto exige de nosotros dedicación continua y tenaz al estudio.”

Para infundir en los Hermanos el amor al estudio y espolear su emulación, aprovechando las vacaciones, les ponía ejercicios de composición¹³; es más, durante muchos años, mientras no fueron demasiado numerosos, los sometía a exámenes públicos de todas las áreas de enseñanza, anotando minuciosamente sus calificaciones, para comprobar al año siguiente los progresos realizados. Para obligarlos a adquirir los distintos tipos de caligrafía, exigió a los profesores de las clases primera y segunda que confeccionasen sus propios modelos de escritura, y no les permitía utilizar los litografiados.

También estableció que anualmente, cada Hermano, al ir al retiro, llevase por lo menos diez modelos manuscritos; todo ello con el mismo objetivo de estimularlos y comprobar los progresos de cada uno.

Para inculcar a los Hermanos Directores el amor al trabajo, al orden y disciplina, y para formarlos debidamente en la administración de las finanzas y las temporalidades, no sólo revisaba personalmente los libros de contabilidad, sino que estableció un concurso sobre teneduría de libros. Se encargaba de seguir y examinar los libros una comisión constituida por los principales Hermanos: consideraba la exactitud de las cuentas, los detalles exigidos por la Regla y los usos del Instituto y la presentación caligráfica, y luego hacía una relación, por orden de mérito, y la entregaba al Padre Champagnat.

Como, a pesar de todo, algunos Hermanos podían descuidarse durante el año y dedicar sólo los últimos meses a preparar esos exámenes de vacaciones, había organizado cursillos trimestrales. Por medio de una circular, se determinaban las materias pedagógicas que iban a tratarse en dichos cursillos. Cada cual debía prepararse minuciosamente y tratar los temas por escrito¹⁴. Ordinariamente desarrollaba él mismo las conferencias, lo que le ocasionaba penosos y largos desplazamientos; pero nada le arredraba con tal de fomentar en los Hermanos el amor al trabajo y mejorara su preparación profesional.

Ni que decir tiene que el estudio que más encarecidamente recomendaba era el de la religión. Lo prefería a cualquier otro y deseaba que los Hermanos le dedicaran, al menos, una hora diaria. “Sería vergonzoso que un religioso educador –decía– no conociera suficientemente la religión; y constituiría auténtico escándalo que estuviese menos capacitado para explicar el catecismo que para enseñar las demás asignaturas. Un Hermano no puede descuidar el estudio del catecismo sin faltar a su deber, porque el fruto de sus instrucciones está en relación con el esmero puesto en prepararlas. De donde se colige que dar la catequesis sin haberla preparado es casi equivalente a perder el tiempo.

El descuido en estudiar la religión es una falta que acarrea consecuencias funestas:

En primer lugar, porque uno se expone a ignorar las verdades de la religión y a ser toda la vida un hombre superficial; a escandalizar a los demás Hermanos y quebrantar la Regla.

Y además porque sin información no es posible educar religiosamente a los niños ni formarlos en la virtud. En consecuencia, las escuelas se irán volviendo laicas, con lo que se traiciona el fin del Instituto. En una palabra, es faltar al deber primordial de un educador: el de impartir enseñanza religiosa y educación cristiana a los niños.

Quienes descuidan el estudio de la religión, ¿se han parado a pensar alguna vez en estas consecuencias tan evidentes como fatales? Si lo pensaran, difícilmente encontrarían excusas suficientes.

Hay quienes dicen que carecen de tiempo: no es cierto. Para estudiar otras materias, para dedicarse a cosas menos importantes, y para divertirse, lo encuentran. Además, tiempo no les va a faltar, puesto que la Regla les garantiza una hora diaria que de ninguna manera deben emplear en otros temas.

Otros alegan que ya han leído varias veces todos los catecismos de la biblioteca. El estudio de la religión no se limita sólo a la lectura de estas obras; abarca, además, la lectura asidua de libros ascéticos, de vidas de santos, de historia de la religión y meditación de cuanto se ha leído.”

Estas últimas palabras dieron pie a que un Hermano le preguntase si podría emplear parte del estudio religioso en la reflexión y meditación:

“Es evidente –respondió el Padre–; y creo que está muy bien emplear media hora de reflexión sobre lo leído durante la otra media; es la manera de profundizar en las ideas para hacérselas atractivas a los muchachos.”

Un día preguntó a un Hermano qué sabía acerca de su santo patrono y sobre los hechos principales de su vida. El Hermano, aunque piadoso e instruido, le respondió:

– Perdone, Padre, pero confieso que desconozco la biografía de mi patrono.

– ¡Cómo, Hermano! –repuso el Padre–, ¿es posible que haya llegado hasta hoy sin leer y meditar la vida del gran siervo de Dios cuyo nombre tiene la dicha de llevar? Ese descuido no deja de ser una vergüenza para usted. ¿De qué le sirve llevar el nombre de un santo? Hubiera sido lo mismo haberle impuesto el de un pagano. ¿No sabe que la Iglesia impone el nombre de un santo para que imitemos sus virtudes? Pues para poder hacerlo, tenemos que estudiar su vida. Además, usted tiene la obligación de exhortar a sus alumnos a que lean la vida de sus respectivos santos patronos e intenten imitar sus virtudes. ¿No debería cumplir primero lo que aconseja?

“Un Hermano –añadió– debe leer a menudo la vida de los santos, no sólo para su edificación personal, sino también para sacar ejemplos apropiados que ocasionalmente confirmen las verdades de la religión que tiene que enseñar.”

4. *Para no alterar el orden de la casa ni sobrecargar a los demás Hermanos.* “Para que reinen la paz y la caridad en una casa religiosa, es necesario que cada cual desempeñe debidamente el empleo que le han encomendado. Pero a quien lo le gusta el trabajo, realiza mal su oficio e impide que los demás hagan el suyo como es debido. Por ejemplo, si el Hermano cocinero no tiene la comida a la hora, siembra el descontento entre los Hermanos, los expone a murmurar y quejarse; hace quebrantar la Regla y siembra el desorden en la casa. Si, por descuido o pereza, no prepara bien los alimentos o es manirroto, puede comprometer seriamente la salud de los Hermanos; y, en cualquier caso, compromete inevitablemente la economía: pues una cocina mal llevada resulta siempre excesivamente cara.

Y lo dicho de los Hermanos encargados de las temporalidades, puede aplicarse igualmente a los responsables de las escuelas: quien no desempeña su trabajo, carga necesariamente a los demás con lo que él no hace, de modo que unos se ven en la obligación de hacer lo que el otro descuida por pereza.”

En fin, aunque el buen Padre no se cansó de dar ejemplo¹⁵ a los Hermanos, ni dejó pasar ocasión para inculcarles el amor al trabajo; aunque estableció reglas idóneas para tenerles ocupados continuamente y para precaverles contra la ociosidad, su mayor remordimiento a la hora de su muerte y lo que más se reprochaba era no haber dado suficiente importancia al trabajo y no haber insistido bastante a los Hermanos en que huyesen de la ociosidad. Y así decía con hondo pesar: “Tengo que reprocharme no haber hecho trabajar bastante a los Hermanos; cuídenlos mucho en este punto; ténganles siempre ocupados: no hay vicio que cause mayores estragos en los religiosos que la ociosidad.”

¡Ojalá no olviden nunca los Hermanitos de María estas palabras de su Padre moribundo y se entreguen, como él, al trabajo y huyan siempre de la ociosidad!



¹ Jb 5, 7.

² Gn 2, 15.

³ Gn 3, 17-19.

⁴ Es decir, la ampliación de 1823, que se hacía indispensable por la llegada de ocho postulantes, seguida luego de algunos más (AA, págs. 46-47).

⁵ “Canteros”, es decir, terraplenadores. El Padre Champagnat conservó toda la vida ese interés por el trabajo manual. Desde París escribe al Hermano Francisco el 4 de enero de 1838: “¿Consiguió por fin Poncet cortar la roca?” (LPC 1, doc. 172, pág. 344). De regreso al Hermitage, a primeros de julio, se puso él mismo a cortar la roca (AA, pág. 241).

⁶ Cfr. Hermano Avit, AA, pág. 56.

⁷ “La ociosidad es enemiga del alma. Los Hermanos deben dedicar, pues, algunas horas al trabajo manual y otras a la lectura de cosas divinas. Por eso creemos oportuno regular una y otra ocupación...” (Regla de san Benito, cap. XLVIII, pág. 69. Éd. J. Duculot, 1945).

⁸ “El piadoso Hermano Mateo, algo enfermizo, trabajaba en la huerta. Después de un rato de trabajo, se sentó en un montón de piedras” (AA, pág. 182). En 1852, este Hermano fue elegido suplente para el Capítulo General. El Hermano Avit (AA, pág. 417, manuscrito en los AFM) dice de él: “Era un saboyano que armonizaba la sencillez con una gran delicadeza. Su salud era precaria y deficiente su preparación; lo que no impedía que tuviese una conversión alegre y muy espiritual. Monseñor de Bruillard, obispo de Grenoble, le quería mucho y charlaba largo y tendido con él...” (AA, pág. 641, manuscrito en los AFM).

⁹ Gn 3, 19.

¹⁰ Si 33, 28-29.

¹¹ Mt 3, 10; 7, 19.

¹² Mt 25, 30.

¹³ LPC 1, doc. 313, pág. 570, líneas 88-105.

¹⁴ LPC 1, doc. 318, pág. 581, líneas 28-35.

¹⁵ “Marcellin Champagnat et sa mission: Le travail”. Cfr. Voyages et missions, n° 132.